

# EL PROGRESO DE AMERICA LATINA DEPENDE DE SU PROPIO ESFUERZO\*

EL primer día en que se iniciaron nuestros debates expresó el deseo de que esta reunión diera lugar a una discusión franca sobre los problemas del desarrollo económico y social de nuestros países, y en particular acerca de los aspectos positivos y negativos de esa nueva experiencia de cooperación internacional que los pueblos latinoamericanos conocen con el nombre un tanto impreciso de Alianza para el Progreso. La franqueza de las exposiciones hechas aquí por los señores ministros y por los altos funcionarios internacionales responsables de los programas de cooperación multilateral, me confirmaron en mi punto de vista de que la preocupación dominante debe ser la de la claridad en las definiciones, acompañada por la nitidez de propósitos. Todos sabemos que hay fuerzas sociales profundas que están actuando en la América Latina con una intensidad antes desconocida, que los pueblos ya están llevando a cabo la revolución, y que no modificaremos el curso de los acontecimientos con palabras y discursos. Como hombres de gobierno responsables, todos participamos de esos acontecimientos en diversos grados y nos debemos mutuamente a las lecciones que la experiencia vivida nos ha proporcionado.

Se me ha interrogado repetidas veces sobre el significado real y el alcance preciso de la Alianza para el Progreso. Creo que mi perplejidad deriva del hecho de que se ha dado mucha más importancia a la palabra Alianza que al propósito de Progreso. Ningún significado tendría dicha Alianza si no existiese en cada uno de nuestros pueblos el profundo y decidido empeño de intensificar su propio progreso. Pero no es sólo porque nos sea común ese fin de intensificar el desarrollo de nuestros países por lo que nos unimos en esta Alianza. Es también porque tenemos del progreso un concepto semejante, que gira alrededor de ciertos valores humanos que defendemos como objetivos primordiales de convivencia social. Reconocemos que el mejoramiento de las condiciones materiales de vida es un elemento esencial de la idea de progreso, y que falta a su misión todo gobierno que no garantice la consecución de ese objetivo. Pero estamos también percatados de que el perfeccionamiento de los auténticos valores humanos ligados a los anhelos profundos de libertad y seguridad individual, no procede necesariamente de ese progreso material y debe considerarse como un fin esencial de nuestros propósitos de progreso.

Por tanto, debemos partir de la simple comprobación de que la Alianza tiene sentido únicamente en la medida en que se apoye en los profundos anhelos de progreso de nuestros pueblos. No se trata de *hacer la revolución antes de que el pueblo la haga*, pues no existe revolución sin pueblo. Se trata de integrarse a las fuerzas populares que necesariamente harán la revolución, contribuyendo con la inteligencia y el idealismo para iluminar los caminos de esa revolución y evitar que los oportunistas y fanáticos asuman el mando de esas fuerzas. No tendría sentido hablar de la mística de la Alianza, independientemente de la mística del Progreso, que ya existe en nuestros pueblos. No necesitamos de una promoción

publicitaria para creer en el progreso y luchar por él en la América Latina. Si la idea de la Alianza ha tenido, hasta el presente, limitada resonancia en nuestros pueblos, es porque no se integró a las corrientes principales que canalizan los deseos y ansiedades de los mismos.

Lo esencial para todos nosotros es identificar el sentido de las fuerzas profundas que trabajan en nuestros pueblos, y que se manifiestan en el empeño y en la exigencia del progreso, y orientarlas adecuadamente. No podemos menos de reconocer que esas fuerzas, en el estado actual de desarrollo latinoamericano, se ejercen en el sentido de la afirmación de los valores propios de cada pueblo, en un proceso de auto-identificación.

Por esta razón, la mística del desarrollo tiene entre nosotros una dimensión netamente nacionalista. No reconocer un sentido positivo en este nacionalismo es imprimirle necesariamente las connotaciones agresivas de otros procesos históricos esencialmente distintos e incapacitarse para la identificación de los elementos irreductibles de nuestra presente realidad social.

Debemos reconocer que el progreso se realizará, y se está realizando en la América Latina, como resultado de procesos históricos propios de cada pueblo, y que la ideología nacionalista es parte integrante de la mística que alimenta esos procesos históricos en su fase actual. Los elementos nacionales que debemos en todo momento comunicar a esos procesos no pueden orientarse en el sentido de desunir sus valores esenciales, ni de destruir la fe que anima a los hombres en la lucha por su futuro.

La Alianza debe entenderse como una aglutinación de fuerzas auténticas que impulsan el progreso en este Hemisferio. Los pueblos que realizan un esfuerzo para superar sus limitaciones y alcanzar planos superiores de desarrollo, reconocen que enfrentan una lucha común y que el éxito o fracaso de cada uno comprometería el éxito o el fracaso final de todos los demás. Estos pueblos deben cooperar, porque son necesariamente solidarios en sus destinos. Es ese sentido de solidaridad el que hace compatible a la Alianza con el deseo de afirmación nacional de cada país. No se trata de una caridad internacional ni de una astuta maniobra imperialista. Se trata, eso sí, del reconocimiento de que estamos en la misma lucha, la de la conquista del futuro para una humanidad que realizará plenamente nuestros ideales.

Dentro del contexto de ese entendimiento de la lucha en que estamos empeñados, me permitiré decir algo sobre la experiencia vivida en mi propio país. Hemos pasado años de duras pruebas en la lucha por el desarrollo. Las condiciones del comercio internacional han sido sumamente adversas. Las expectativas del pueblo en el ansiado mejoramiento de sus condiciones de vida se traducen en actos de creciente impaciencia. Grupos importantes, que detentan parte del poder político, continúan luchando para conservar una estructura de privilegio necesariamente condenada. En medio de esa situación tan compleja se destacan algunos valores que es preciso mencionar. En primer lugar, está el deseo generalizado, convertido en imperativo nacional, de llevar adelante el desarrollo. Existe la conciencia, prácticamente en casi todos

\* Discurso pronunciado por el Jefe de la Delegación Brasileña a la Reunión del CIES en la Sesión Plenaria del 24 de octubre.

los grupos sociales, de que el desarrollo es un requisito para la solución de todos los demás problemas importantes del país. Reconocemos que el motor no está funcionando bien, que hay desperdicio de energías, pero estamos decididos a repararlo sin detener el vehículo. Es necesario comprender la complejidad del proceso histórico brasileño para percatarse del enorme riesgo que entrañaría el detener al país para arreglarlo. El crecimiento anual de la población es de cerca de 2.300.000 personas, y en las zonas urbanas se aproxima a 1.800.000. Gran parte de esta población vive en condiciones sumamente precarias y está descubriendo rápidamente que su miseria se debe mucho menos a un fenómeno de orden natural que al resultado de su propia inercia y a la ineptitud de muchos de sus dirigentes. Sería ingenuo imaginar que la inflación en el Brasil proviene sólo de la indisciplina de los que manejan los gastos públicos y que bastaría el asesoramiento de técnicos competentes o una actitud valerosa por parte de los dirigentes del país para *poner orden en casa*. Hubiéramos ocasionado la desocupación, como consecuencia de la profunda crisis del comercio exterior, y las masas que afluyen a las ciudades todos los años habrían provocado tensiones sociales aún mucho más graves que las que se originaron como resultado de la inflación.

La segunda constante en el proceso brasileño ha sido el empeño en conservar abierta la sociedad a todas las formas de movilidad social y de afirmación de la convivencia. Existe una conciencia clara de que cualquier restricción de las libertades políticas lesionaría necesariamente la satisfacción de legítimas reivindicaciones del pueblo, y que por ese medio apenas podría reprimirse a las fuerzas lanzadas a una explosión de resultados imprevisibles.

Por haber conseguido mantener una tasa de crecimiento razonablemente alta, el Brasil viene superando con éxito el complejo proceso histórico presente, sin sacrificio de lo que consideramos fundamental en nuestros ideales de convivencia social. Esa tasa de crecimiento está siendo mantenida en condiciones muy adversas por lo que respecta al sector externo de la economía. Para tener una idea de las dimensiones de ese problema basta considerar que, en 1962, sólo la disminución en los ingresos del café y del cacao, con respecto a 1955-57, representará para el Brasil una pérdida de casi 450 millones de dólares, es decir, más del total de las importaciones de bienes de capital realizadas este año, y aproximadamente una cantidad igual al déficit del sector público en el presente año. Sólo para mantener estacionaria su capacidad de importar, el Brasil necesitó aumentar en el último decenio, en más de la cuarta parte *quantum* de sus exportaciones. En ese esfuerzo de aumentar las exportaciones, cuyo valor unitario en dólares disminuía, el país tuvo que realizar considerables transferencias de ingresos en favor de los exportadores. Dichas transferencias constituyeron una de las causas principales de la inflación. Con todo, sin ellas, la capacidad de importar se habría reducido, con consecuencias todavía más graves para el desarrollo.

¿Cómo consiguió el Brasil crecer en estos últimos diez años a una tasa anual de más del 6%, con las importaciones estancadas? Evidentemente, lo consiguió a través de un intenso proceso de sustitución de las importaciones y produciendo internamente una parte creciente de los bienes de capital que necesita. Ahora bien, esa sustitución de las importaciones, sobre todo cuando se refiere a los bienes de capital, exige la transferencia, dentro del país, de un esfuerzo de financiamiento que antes se realizaba en el exterior. El esfuerzo de inversión tiene que ser complementado por otro de financiamiento. De ahí resulta una fuerte presión sobre el sistema bancario, con repercusiones inflacionarias de profundidad real.

Por último, cabría decir que el Brasil tiene una deuda

externa que casi toda es de corto plazo, y que en la actualidad absorbe cerca del 30% de las divisas generadas por las exportaciones. Con la fuerte baja de precios de los productos de exportación en los últimos años, el pago de esa deuda se hizo insoportable, obligando al país a realizar onerosas operaciones compensatorias, con lo cual la solución del problema se deja para mañana, y el problema se agrava de día en día.

En vista de esa realidad, la cooperación internacional, vista desde el ángulo brasileño, presenta características ineludibles. Deberá contribuir a atacar aquellos puntos básicos que causan los desequilibrios estructurales que se hallan en la raíz misma de la fuerte presión inflacionaria actual. El país está realizando un gran esfuerzo de crecimiento, pues la entrada líquida de los recursos ha sido prácticamente nula y la ayuda externa ni siquiera ha sido suficiente para compensar las pérdidas provocadas por el deterioro de la relación de precios del intercambio externo. El problema es menos de complementación del esfuerzo interno para el aumento inmediato de las inversiones, que de transferencias para el futuro pago de una deuda que hoy resulta excesivamente pesada. En seguida viene el problema de la defensa de los precios de las materias primas exportadas por el país, ya que el sacrificio provocado por su baja hace que el esfuerzo interno para el desarrollo resulte todavía mucho más costoso.

Un aspecto esencial del problema brasileño de desarrollo es el de las desigualdades regionales de las condiciones de vida, derivadas de las propias dimensiones continentales del país. Una tercera parte de la población brasileña vive en la región del Nordeste, en condiciones sumamente precarias, agravadas por un cuadro institucional anacrónico que genera graves tensiones sociales. Se ha hecho frente a este problema con un programa que en los últimos tres años no ha sufrido ninguna solución de continuidad, y cuyos resultados iniciales comienzan a verse. Trátase de un caso típico de lucha por el desarrollo que se ha llevado adelante con el apoyo y con el entusiasmo de la juventud y del pueblo en general, contra las aspiraciones de grupos privilegiados, pero en un ambiente democrático de diálogo franco y de afirmaciones carentes de ambigüedades.

Actualmente, en el Brasil están en proceso de ejecución o de preparación importantes reformas. En el campo administrativo se hizo una reforma a fondo del Ministerio de Agricultura, creándose una Superintendencia de la Reforma Agraria. También fueron reestructurados, dentro de una nueva concepción, todos los organismos vinculados al abastecimiento. En los próximos días deberá presentarse al Congreso la reforma fiscal, como anticipo del plan general de desenvolvimiento y estabilización que se prepara y que se pondrá en vigor el próximo año. Las actividades correspondientes a dicho plan han sido colocadas bajo la supervisión de un Ministro de Estado, y son de su responsabilidad específica. Todas las decisiones en los aspectos monetario, fiscal o cambiario, sólo se tomaron después de oír al Ministro de Planeamiento. El objetivo que se tiene a la vista en cuanto a planeamiento, suponiendo que se mantenga la tasa de crecimiento de los últimos años, que se aproxima al 7 por ciento, consiste en reducir el ritmo de la inflación durante tres años consecutivos, en un 50 por ciento anualmente.

Con tal propósito se redistribuirá y aumentará el gravamen fiscal, se eliminarán los subsidios al consumo y se mantendrá un elevado nivel de inversiones, tanto en el sector público como en el privado. Asimismo, se proyecta poner en práctica diversas reformas institucionales, particularmente en el sector agrario, que cuentan con gran apoyo de la opinión pública y que el actual Presidente de la República tiene el decidido propósito de convertir en realidad.

El programa actual del gobierno representa la coordinación en todos los sectores, de los esfuerzos tendientes a una

distribución equitativa de los sacrificios que serán impuestos a la nación. Además de los ya mencionados, constituye un elemento esencial de dicho programa el aprovechamiento de la capacidad nacional de producción de los bienes de capital, lo que exige, bien el financiamiento de las ventas internas, o bien el de su exportación, principalmente para los países latinoamericanos. Felizmente, el Banco Interamericano de Desarrollo está en vías de presentar una solución satisfactoria para el problema, incorporando al cuadro de sus operaciones normales el financiamiento de las exportaciones de bienes de capital.

Deseo sinceramente excusarme por lo prolongado de esta exposición. Para terminar, permítaseme insistir en que la Alianza, como forma de cooperación internacional, solamente llegará a tener un significado real si se basa en una clara inteligencia de lo que es importante para el desarrollo de cada país. Las dificultades con que actualmente tropiezan ciertos organismos, particularmente los del Gobierno de los Estados Unidos, para dar sentido práctico a la cooperación, son la consecuencia natural de toda obra de vanguardia en sus comienzos. No tengo duda de que dichas dificultades se-

rán superadas, como resultado de la misma experiencia. Sin embargo, jamás alcanzaremos nuestros objetivos si caminamos en una dirección falsa. Tal extravío podrá deberse, y en algunos casos es posible que ya se deba en la práctica, a dos razones principales.

La primera de estas dos razones proviene de la cooperación internacional, que acaso no comprenda lo que efectivamente está ocurriendo en la América Latina, si no percibe con nitidez lo que realmente es decisivo para cada país. Al no percibirlo, esta cooperación se subordinará a fórmulas inhibitorias, de una falsa objetividad. Tal cooperación, por más generosa que sea, no dará ningún resultado.

La segunda razón se halla en el lado latinoamericano. Existe el peligro de que lleguemos a pensar que puesto que existe la Alianza podemos alcanzar el progreso con menor esfuerzo, menor espíritu de sacrificio y menor sinceridad de propósitos con respecto a nuestros pueblos. No tenemos duda de que este progreso se hará de dentro hacia afuera, como una lucha irresistible, ganada en cada país por su propio pueblo.

## CONSEJOS A LOS JOVENES ECONOMISTAS\*

**S**OBRE los economistas convergen, desde todos los sectores, las preocupaciones más urgentes. El desarrollo económico, calificado como el problema de nuestro siglo, es materia de su especialidad. Las desigualdades entre los niveles de vida de los grupos de población y las disparidades entre los ritmos de crecimiento de los sistemas económicos, también son materia de la incumbencia del economista. Los grandes desequilibrios causantes de las tensiones político-sociales, ya sean aquellos originados por el desajuste entre el ahorro y la inversión, entre la oferta de bienes de consumo y el deseo de los consumidores de ejercer su poder de compra, entre la capacidad de pagar en el exterior y la propensión a importar, entre lo que la colectividad solicita del gobierno y la capacidad de pago de ese gobierno, entre el deseo de desarrollarse económicamente y la ansiedad de gastar de inmediato las disponibilidades, o ya sean aquellos de carácter más social, como los causados por el contraste entre los desperdicios visibles y las necesidades notorias no satisfechas; en fin, los desequilibrios que están en la raíz de los grandes problemas de nuestra época son de naturaleza económica o tienen una importante dimensión económica.

En el punto de convergencia de ese *maremagnum* de problemas, todos los cuales tienen el sello de urgencia, referidos a una realidad en rápida mutación que no puede ser fijada sino cuando ya dejó de ser para transformarse en estadísticas, en el centro de todo eso está el economista. ¿Estará él preparado para responder a ese desafío?

El joven aplicado e inteligente que hizo a conciencia su curso de economía habrá conseguido un conocimiento razonable de las múltiples dependencias de esa mansión señorial que es la teoría de los precios. Estará en condiciones de trazar caprichosos conjuntos de curvas de indiferencias y de discutir sobre la teoría del comportamiento del consumidor y del equilibrio de la firma a diferentes niveles de complejidad. Habrá dado muchas vueltas en torno de las teorías monetarias y habrá hecho un arduo esfuerzo para descubrir las líneas de parentesco entre esas teorías y el cuerpo central de las teo-

rias económicas. Conocerá muchas doctrinas sobre los ciclos económicos, aunque en lo íntimo esté convencido de que todas ellas dicen más o menos la misma cosa, o no dicen nada. Habrá construido algunos esquemas abstractos para determinar el punto de equilibrio de las balanzas de pagos. Habrá avanzado algo por los caminos imprevistos del modelo keynesiano y tal vez sepa combinar con elegancia el multiplicador y el acelerador. Finalmente habrá leído mucho, sin hacerlo en forma sistemática, sobre "desarrollo económico", aunque no haya encontrado una clara conexión entre esas lecturas y las buenas teorías aprendidas en los compendios.

Al enfrentarse con el mundo real, ese economista se siente, para sorpresa suya, enteramente frustrado. Si va a trabajar en una empresa privada advertirá inmediatamente que el análisis marginal está desprovisto de cualquier alcance práctico. Después de poco tiempo se habrá dado cuenta de que es mucho más importante comprender las limitaciones de naturaleza administrativa y las controversias de tipo fiscal que enmarañan la vida de una empresa, que conocer los caprichos más sutiles de la posición de equilibrio de una firma teórica. Para hacer un buen estudio de un mercado se necesita saber trabajar mucho más con la imaginación, a base de datos e informaciones indirectas que con las refinadas técnicas del análisis.

La desorientación será mayor todavía si el economista fuese designado para trabajar en el sector público. En este caso advertirá, en poco tiempo, que si todo lo que aprendió no es totalmente inútil, dejó de aprender casi todo lo que es realmente útil. Entonces, surge el problema de la posgraduación. La situación se podrá remediar si el economista ha recibido una base adecuada que lo capacite para complementar, mediante el propio esfuerzo, su preparación. Aquí está la clave de nuestro problema.

Para que pueda rectificar y complementar su formación y desarrollarse a base de su propia experiencia, el economista debe tener una idea clara de lo que es la economía como ciencia. Debe saber que toda ciencia trabaja con esquemas conceptuales, pero elabora y prueba esos esquemas a base de la observación del mundo objetivo. En esta forma, lo fun-

\* Tomado de "La Gaceta" del Fondo de Cultura Económica, de octubre de 1962.

damental en la formación del economista es que en él se haya desarrollado la aptitud de observación del mundo objetivo en forma sistemática. No debemos olvidar que la observación disciplinada de la realidad objetiva es mucho más difícil en economía que en la mayoría de las otras ciencias, dadas la gran complejidad y la permanente mutación de esa misma realidad. Como es impracticable captarla en toda su complejidad, se vuelve indispensable destacar o abstraer aquello que la realidad económica tiene de más permanente, o que es más representativo en ella. Observar el mundo real es para el economista, en cierta forma, saber esquematizarlo o simplificarlo. En otras palabras, es saber reducir el comportamiento de los fenómenos reales a la integración de un número de variables suficientemente pequeño como para que podamos integrarlos en un esquema conceptual. Cuanto mayor es la simplificación, menor es el número de variables, más fácil será integrarlas en un esquema. En esta forma, toda teoría de elevado rigor, en economía, corresponde a una realidad abstracta en extremo, o muy simplificada. En materia de comercio internacional, por ejemplo, la teoría más rigurosa es aquella que se refiere a un mundo formado por dos países y a un intercambio en que sólo entran dos productos, etc.

Ahora bien, la gran dificultad que enfrenta el estudiante de economía en un país subdesarrollado es que las teorías que le enseñaron son exactamente aquellas que se basan en observaciones hechas mediante la máxima simplificación de un mundo real que, además, desde el punto de vista estructural, es fundamentalmente diferente de aquel en que él vive. Esas simplificaciones del mundo real muchas veces son dictadas por la mera conveniencia del uso de ciertas técnicas de análisis. No debemos olvidar que quien analiza la realidad adopta una técnica de análisis, técnica que existe previamente a la selección del objeto analizado. Y, una vez adoptada determinada técnica o método, es común, en economía, que la propia técnica, prestada a otra ciencia, pase a condicionar la marcha del esfuerzo de teorización. Por todos es conocida la influencia abrumadora que el cálculo infinitesimal ejerció sobre los economistas marginalistas, cuyos modelos de firma patrón, de consumidor típico, de equilibrio parcial, etc., llegaron a alejarse kilométricas distancias de la realidad, a fin de que el trabajo de teorización pudiese avanzar dentro de los caminos abiertos por el análisis diferencial e integral.

Pero no solamente el predominio de ciertas técnicas sofisticadas ha contribuido a alejar a nuestro economista del mundo real. El modo mismo como se presentan las teorías económicas en las facultades va contribuyendo para el alejamiento del estudiante. La verdadera forma de enseñar una ciencia consiste en presentar sus cuadros conceptuales como sistemas de hipótesis, cuya eficacia explicativa debe ser probada con respecto a una determinada realidad. Sin embargo, entre nosotros esa prueba raramente se hace en la enseñanza de la economía. Cuando mucho, se procura demostrar la consistencia lógica interna del sistema de hipótesis, partiendo de un conjunto de definiciones; pero raramente se aborda el problema de su eficacia explicativa al respecto de una determinada realidad empírica. En otras palabras, pocas veces se pasa del campo de la doctrina al de la teoría.

Con todo, no se crea que sería tarea fácil dar ese paso decisivo del campo de las doctrinas (cuya prueba se realiza en el terreno de la lógica) al de las auténticas teorías científicas (cuya prueba reside en su eficacia explicativa) en un país subdesarrollado. La doctrina se refiere a un prototipo ideal, creado en nuestro espíritu, al paso que una teoría científica se relaciona con un dato del mundo real. Lo que ha ocurrido en economía es que una teoría, formulada para explicar determinada realidad con límites en el tiempo y en el espacio, es ordinariamente transformada en doctrinas de vali-

dez universal. Así, una teoría formulada para explicar el comportamiento de la balanza de pagos de un país como los Estados Unidos, al ser universalizada, se transforma en una mera doctrina, que puede servir para justificar determinadas políticas, más no para explicar sin discriminación la realidad de cualquier país.

Las teorías económicas fallan así, por una doble debilidad.

La primera se deriva de que las hipótesis explicativas son formuladas con respecto al comportamiento de modelos demasiado simplificados, lo que en gran parte se debe a la aplicación de técnicas de análisis elaboradas para otro tipo de trabajo científico. Esa primera falla es de naturaleza universal y viene siendo superada a través de un gran esfuerzo hecho en el sentido de mejorar la base de observación empírica, a través de la acumulación de informaciones estadísticas y de otro tipo, y también en el sentido del desarrollo autónomo de las técnicas de análisis.

La segunda debilidad, específica de la economía enseñada en nuestros países, tiene su raíz en que las teorías usuales, en su generalidad, fueron formuladas para explicar el comportamiento de estructuras diferentes de la nuestra. Las diferencias entre las estructuras desarrolladas y subdesarrolladas parecen ser suficientemente grandes para retirar una parte sustancial de la eficacia explicativa de muchas de las teorías económicas de mayor aceptación. Ahora bien, como todavía no existe un cuerpo de teorías, o de variantes teóricas, elaboradas directamente para explicar el comportamiento de una economía subdesarrollada, semiindustrializada, con insuficiencia crónica de capacidad para importar, con excedente estructural de mano de obra en todas direcciones, como es la nuestra, no es de admirar que el estudiante de economía salga de su escuela y comience a enfrentar el mundo real con más dudas y perplejidades que cualquier otra cosa.

En lo que respecta a la escasez de teorías económicas de aplicación viable en las estructuras subdesarrolladas, considero que en la formación del economista se debe dar prioridad al dominio de las técnicas que capacitan para observar en forma sistemática la realidad económica. Saber observar metódicamente el mundo real, esto es, retirar de la realidad, con los medios disponibles, los elementos necesarios a la representación de la misma en términos económicos es más importante que un refinado conocimiento de los más sutiles modelos estadísticos. En segundo lugar, debido al carácter histórico de los fenómenos económicos, debemos tener en cuenta que la validez de una teoría es mucho más limitada, en economía, que en otras disciplinas científicas. En las ciencias poder explicar significa estar preparado para prever. En economía hay que explicar *diez* para poder prever *uno*, y lo que se logra prever es siempre lo más general, es decir aquello que es común a una multiplicidad de fenómenos y, por tanto, tiene un carácter histórico limitado. En otras palabras: aquello que es más científico de una determinada realidad es lo que puede ser previsto más difícilmente. En la medida en que lo económico se despoja de su contenido histórico y se aproxima más a un prototipo abstracto, puede ser previsto en mayor grado. Por ello, resultaría ingenuo atribuir excesiva importancia a esa previsión que se refiere a una realidad despojada de sus ingredientes más específicos.

El economista que posea una base metodológica sólida y una clara comprensión del método científico en general, tiende a ser casi necesariamente entre nosotros un heterodoxo. En poco tiempo, él aprenderá que los caminos trillados le son de poco valor. Después advertirá que la imaginación es un instrumento de trabajo poderoso y que debe ser cultivada. En poco tiempo perderá la reverencia ante lo que está establecido y compendiado. En la medida en que llegue a pensar por su propia cuenta, con independencia, recobrará la autoconfianza, perderá la perplejidad.